

# Procesos de ruptura y continuidad entre naturaleza y sociedad en la ciudad moderna<sup>1</sup>

Francisca Fonseca Prieto<sup>2</sup>

ffonseca@ufro.cl

## Resumen

El presente artículo pretende dar cuenta de la relación dialéctica entre naturaleza y sociedad en el transcurso de los procesos modernizadores, teniendo como contexto empírico la ciudad moderna. Particularmente, observa la representación simbólica y la disposición de los espacios verdes en el interior de la propia ciudad. A partir del análisis, se propone el concepto de «segunda naturaleza» o naturaleza «socialmente construida» en el espacio urbano.

**Palabras clave:** procesos de ruptura y continuidad, procesos modernizadores, representación simbólica, segunda naturaleza, sociedad del riesgo.

**Abstract.** *Breaking and continuity processes between nature and society in the modern cities*

This paper seeks to explain the dialectical relation between nature and society established along the modernizing processes, having modern cities the empiric environment. Particularly, it regards the symbolic representation and disposition of the green spaces within the city itself. Taking this analysis as a starting point, it proposes the concept of «second nature» or «socially constructed» nature within the urban space.

**Key words:** breking and continuity processes, modernizing proceses, symbolic representation, second nature, risk society.

## Sumario

La modernización y sus consecuencias no deseadas: el riesgo socialmente construido	Construcción artificial y modelación estética de la naturaleza en el espacio urbano
Continuidad y ruptura en los procesos modernizadores	Reflexiones finales Bibliografía

1. Este artículo es el resultado del trabajo de investigación realizado para obtener el máster en Sociología, dentro del Programa de Doctorado en Sociología, impartido por la Universidad Autónoma de Barcelona.
2. Socióloga, becaria Proyecto Mecsup de las carreras no pedagógicas de la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad de La Frontera, Temuco Chile.

## La modernización y sus consecuencias no deseadas: el riesgo socialmente construido

La diagnosis de la sociedad actual nos muestra las evidencias de una sociedad en la que han surgido nuevos fenómenos sociales, uno de ellos y quizás el que mayor interés ha provocado en las últimas décadas es el referido a la «destrucción del medio ambiente». Esta preocupación, necesariamente, implica la revisión del modelo de sociedad que lo sustenta, nos referimos a la «modernidad» y a los «procesos modernizadores» que se derivan de la misma.

Desde que el hombre se ha reunido con otros para vivir en comunidad, desde la vida en las cuevas, pasando por las pequeñas aldeas, los pueblos, las grandes ciudades políticas, religiosas y militares de la antigüedad y del medioevo, hasta llegar a las ciudades industriales y a las grandes urbes modernas, ha existido una relación de dependencia con el entorno que les rodea. En algunas de ellas esta relación ha sido armoniosa, pero en otras se ha desequilibrado. Pasar de un cierto estado de equilibrio (simbiótico) a otro, en donde el entorno es intervenido hasta tal punto de verse modificado y agotado, es sólo característico de las «ciudades modernas e industriales», y es en ellas cuando el tema ambiental se vuelve problemático.

Lo anterior nos lleva a precisar que si bien la intervención del hombre sobre el entorno que le rodea está en la base de la construcción civilizatoria, el medio ambiente como problemática ambiental surge cuando se lo tematiza como «problema socialmente construido», es decir, cuando se incorpora como tema en la opinión pública y se sientan las bases para su discusión política y social. Esta situación, podemos decir, de descubrimiento del problema, se produce en la medida en que las «consecuencias no deseadas» de la modernización —particularmente del desarrollo industrial capitalista— se hacen evidentes y son denunciadas como tales.

Para Ulrich Beck (1998a), la sociedad actual es la constancia más concreta de que la modernización<sup>3</sup> se ha transformado en sus «consecuencias»; consecuencias que no han sido planificadas ni deseadas, pero que, en alguna medida, están redefiniendo la sociedad que les ha dado origen y generando un nuevo tipo de sociedad a la que el autor denomina «sociedad del riesgo».

Es en la tematización de la sociedad como «sociedad del riesgo»<sup>4</sup> que Ulrich Beck (1998a) propone el paso de una modernización caracterizada por la diná-

3. Entendemos por «modernización» un proceso de rupturas y continuidades que tiene como objetivo último lograr la «modernidad», es decir, una sociedad en donde se cumplan las metas fijadas por la sociedad, en materia de desarrollo económico, justicia social y libertad. Para una conceptualización más acabada sobre modernización y modernidad, ver el texto de SOLÉ, Carlota (1998). *Modernidad y modernización*. Barcelona: Anthropos.
4. Debemos hacer referencia al hecho de que Beck (1998b) (1998c) (2003) identifica dos situaciones clave que caracterizarían a la sociedad del riesgo como tal. La primera de ellas tiene relación con el «riesgo ecológico», visto como la consecuencia menos deseada y más temida de los éxitos de la modernización industrial y capitalista; en segundo lugar, identifica el fenómeno de la «individualización», entendido éste como una individualización institu-

mica industrial capitalista a otra caracterizada por una dinámica de «autodestrucción creadora», es decir, pasamos de una «modernización simple» a una «modernización reflexiva»<sup>5</sup>, entendiendo por reflexiva «la capacidad de autodestrucción de las formas y las estructuras tradicionales de la sociedad industrial y creadora de nuevas estructuras y dinámicas sociales, en donde el fenómeno del riesgo social cobra sentido»<sup>6</sup>.

La modernización reflexiva<sup>7</sup>, en consecuencia, permite plantear la noción de «sociedad del riesgo» como caracterizadora de la sociedad actual. Es una vez aceptada esta situación cuando dirigimos la mirada hacia la naturaleza destruida y agotada. Volvemos a valorar aquello que se ha ignorado en el transcurrir de la modernidad, espacio en el que han prevalecido la ciencia como rectora del devenir histórico y el capitalismo industrial como garante del progreso económico. La ecuación ciencia-industria-progreso aparece cuestionada en la constancia de la degradación de las bases materiales de la misma; la cien-

---

cionalizada, en donde las contradicciones sistémicas, es decir, la retirada de las instituciones modernas tradicionales, como el estado de bienestar y la supremacía del sistema económico por encima de los demás, dejan al individuo desprotegido y forzado a hacerse cargo de la construcción de su biografía personal. Ambos fenómenos no se desarrollan por separado, sino que van entrelazados, ya que son precisamente los individuos modernos los que deben afrontar de manera directa los riesgos socialmente construidos.

5. De forma similar a Beck, Anthony Giddens propone la idea de «reflexividad» para caracterizar a la modernización. Según este autor: «Las prácticas sociales son examinadas y reformadas de continuo a la luz de la información nueva acerca de esas mismas prácticas, alterando así constitutivamente su carácter. Pensamiento y acción están siempre referidos el uno al otro». En GIDDENS, A. (1990). *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial, p. 28-29. Ésta es una de las razones por las que la sociedad moderna no deja de cambiar: las prácticas sociales, que se revisan sistemáticamente a la luz de nuevos conocimientos sobre esas prácticas, sin una necesaria relación con el pasado o la tradición. La modernidad se constituye, así, a través de conocimiento aplicado de modo reflexivo. Esta concepción difiere de la de Beck en la medida que, para éste, la «reflexividad» no sólo significa reflexión (consciente, pensada) como generadora de nuevo conocimiento y nuevas prácticas, sino que es un proceso no decidido e inesperado que involucra autodestrucción para generar creativamente.
6. GIDDENS, A.; BAUMAN, Z.; LUHMANN, N., BECK, U. (compilador Josetxo Beriain) (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos, p. 223.
7. Zigmund Bauman (2002, 2005) propone, de forma similar, el concepto de «modernidad líquida» (en el sentido de fluidez) propia de lo contemporáneo, a diferencia de lo que él llama «modernidad sólida», que caracteriza a la modernidad de la época industrial. Bauman nos muestra cómo la modernidad sólida se corresponde con una idea de sociedad que busca el «orden» social, es decir, la regularidad frente al desorden y la precariedad, en la que se desarrollan los primeros impulsos modernos ligados a las luchas revolucionarias de los siglos XVIII y XIX. Esta idea de modernidad vinculada al orden está presente hasta mediados del siglo XX. Desde la postguerra, habría evidencia de la existencia de nuevos fenómenos asociados a los cambios políticos, sociales, económicos y tecnológicos, producidos principalmente en Europa. Para Bauman, es evidente que la sociedad moderna de mediados del siglo XX en adelante ya no es la misma, es a esto a lo que denomina «modernidad líquida» o «fluida», en donde el primer problema es precisamente definir esta realidad, ya que es justamente su característica dialéctica de creación/destrucción o composición/descomposición lo que dificulta tal intento.

cia ya no tiene todas las respuestas, la industria no produce sólo artefactos, sino también desechos, y el ideal de progreso se desdibuja en la medida en que éste significa también su contrario: pobreza y degradación ambiental.

Un aspecto fundamental de la sociedad del riesgo es el hecho de que la «naturaleza» ha sido integrada socialmente a través de la industria. Ya no podemos hablar de una «naturaleza pura», no controlada o sin intervención, hoy la naturaleza se crea industrialmente y se la negocia en el mercado como naturaleza artificial.

En este artículo proponemos una segunda forma de integración a la naturaleza integrada socialmente por la industria: su integración a través de los «procesos de urbanización» en las ciudades modernas. El entorno natural ha sido absorbido por la expansión de las ciudades industriales, así como por el desarrollo «urbano generalizado», invadiendo espacios que antes estaban ocupados por los bosques, pequeñas plantaciones, granjas, aldeas, etc.<sup>8</sup>

En consecuencia, ante la huida de la naturaleza (o de su expulsión), más allá del espacio que hoy ocupa la ciudad, nos ha interesado indagar las posibilidades de considerar la revalorización de lo natural —convertida en riesgos y peligros—, como un nuevo «proceso de integración social» y, desde allí, establecer el alcance simbólico que asume este proceso en el interior de las ciudades, como «segunda naturaleza» producida artificialmente, modelada estéticamente y expresada a través de los espacios verdes urbanos, sean éstos parques, jardines, plazas, etc.

Para el análisis que sigue, nos hemos valido de dos conceptos aportados por la teoría del riesgo de Ulrich Beck (2002): el primero de ellos es el de «ruptura y continuidad»<sup>9</sup> que reemplaza la noción de «contraposición», esgrimido frecuentemente por las ciencias sociales para referirse a la relación entre naturaleza y sociedad, y un segundo concepto de «autodestrucción creativa» que da cuenta de las dinámicas más específicas de la sociedad del riesgo.

8. Debemos hacer notar que la «urbanización generalizada» es un concepto y un modelo aplicable en la mayoría de las grandes ciudades. Las causas del deterioro y la pérdida de recursos naturales en los espacios que rodean a la ciudad y a la ciudad misma no son sólo producto del avance de la industria, sino que la urbanización generalizada, particularmente la que se desarrolla de forma expansiva y sin planificación, es una de las causas más importantes de la transformación del espacio y del deterioro ambiental de las ciudades y de su entorno. Pero, por otro lado, existen ciudades que han sabido establecer una dinámica amigable o de comunión respetuosa con el medio ambiente natural que las rodea, como es el caso de algunas capitales nórdicas, como Helsinki, Oslo, etc.
9. Al hacer referencia al concepto de «rupturas y continuidades», queremos expresar la idea de continuidades ilusorias o discontinuidades absolutas en la historia de las ciudades. Si bien las ideologías dominantes en la explicación sociológica, organicismo, funcionalismo y, más actualmente, la teoría de sistemas, nos muestran una visión lineal o continuista del desarrollo histórico y social, esto no es más que una simplificación de la realidad, puesto que ésta se presenta, a nuestro juicio, como una relación dialéctica: continua y discontinua a la vez.

## Continuidad y ruptura en los procesos modernizadores

Nos centraremos en el proceso de continuidad y ruptura, entre la «ciudad», como definidora del espacio urbano, y la «urbanización generalizada», que transforma las dinámicas espaciales que han caracterizado a la ciudad moderna.

Si, en un primer momento, la ciudad moderna rompe con la oposición entre campo y ciudad y da paso a la integración de lo rural en lo urbano a través de la tecnificación y la industrialización de la producción agrícola y de nuevas distribuciones espaciales; en un segundo momento, la urbanización generalizada del espacio transforma y supera a la ciudad como centro de lo social, llegando a impulsar nuevas formas de organización que son facilitadas por las nuevas tecnologías de la información y los procesos globalizadores que operan a escala mundial<sup>10</sup>. Es decir, hoy nos encontramos en una sociedad caracterizada por lo urbano y en donde la relación con la naturaleza se presenta problemática, puesto que ésta última queda sometida a las necesidades funcionales del espacio.

Con el proceso de «ruptura y continuidad» entre ciudad y urbanización, nos introducimos en el tema de la relación dialéctica entre la «naturaleza» y el «espacio socialmente construido». En la medida en que la ciudad moderna se configura en el espacio mayormente habitado por los individuos, paralelamente se plantea un proceso de «contraposición» entre lo urbano y el espacio natural que lo rodea. Esta idea de «contraposición» es cuestionada y superada —como categoría explicativa de tal relación— en la medida en que la «sociedad del riesgo» cobra vigencia, es decir, en la constatación de la destrucción de la naturaleza y su consecuente producción social por la industria, se generaría —en la «sociedad del riesgo»— un anhelo (impulso) por reencontrar la «naturaleza perdida», lo que nos llevaría a plantear la idea de un nuevo proceso de «ruptura y continuidad» entre naturaleza y sociedad.

Los individuos de la «sociedad del riesgo» sienten la necesidad de reencontrarse con la naturaleza, necesitan traerla nuevamente a su entorno inmediato y salir de la opresión que les producen las grandes urbes de cemento. Es a partir de esta idea que podemos fundamentar el interés, cada vez más creciente, de crear espacios verdes en las ciudades, como una fórmula de mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, pero, al mismo tiempo, de reestablecer el vínculo perdido entre sociedad y naturaleza en el transcurrir de la modernización. Claro está que la naturaleza recuperada no es la misma de tiempos pasados, sino más bien una copia, un modelo, una representación idealizada en un parque, en un jardín, en una plaza, es decir, una naturaleza modelada estéticamente y construida artificialmente.

10. Para autores como Manuel Castell y Jordi Borja (2004), el proceso de urbanización generalizada potenciado por las tecnologías de la información que permiten unir los distintos espacios, sean éstos rurales o urbanos, sería un proceso que rompe con la idea de ciudad para habitar; por el contrario, se privilegia la idea de «funcionalidad» del espacio orientada al mercado y a los servicios.

## Construcción artificial y modelación estética de la naturaleza en el espacio urbano

La naturaleza que rodea a las ciudades, una vez que ha sido intervenida, agotada e integrada socialmente por la producción industrial y la urbanización generalizada, nos lleva a precisar la noción de «autodestrucción creadora» planteada por Beck (2002). Con ello, nos referimos al hecho de que, en la medida en que la sociedad industrial destruye la base material de la cual depende, es decir, la naturaleza, los recursos naturales, en definitiva el medio ambiente, en ese mismo momento de destrucción crea una nueva forma de producción y de abastecimiento: los cultivos industriales, la manipulación genética, la creación de nuevos materiales, etc. Es decir, se establece una solución científico-tecnológica para dar respuesta a los problemas por ella misma producidos.

La transformación de la naturaleza en una «construcción social» se evidencia en las ciudades de la sociedad del riesgo. Hoy, es imposible hablar de naturaleza como «no sociedad», sino que, por el contrario, tal como señala Beck: «Nos encontramos por doquier con una naturaleza que es producto del arte. En ella no queda nada de natural, si por natural se entiende el abandono de sí misma de la naturaleza. Lo que aquí es descrito como natural es una “segunda naturaleza” interna incluida en el proceso civilizatorio y que carga con pocas funciones naturales y significados naturales»<sup>11</sup>.

La naturaleza la producimos industrialmente, los «espacios verdes» son una simulación de lo «natural» en el espacio urbano. Bajo la evidencia de una naturaleza agotada, surge la noción «simbólica» de la «naturaleza». La representamos idealmente a través de la una construcción estética de acuerdo con ideas que manejamos o recordamos, de aquello que ha dejado de existir, pero que añoramos.

La destrucción de las bases ecológicas naturales de la vida nos obliga a repensar la relación existente entre sociedad y naturaleza. Si, en la modernización tradicional, la contraposición entre naturaleza y sociedad es superada y representada a través del «paisajismo» y la «obra de arte»; en la modernización reflexiva —la de la sociedad del riesgo—, la naturaleza —ya inexistente— se recupera y se representa a través de la modelación de los espacios naturales en el interior de las ciudades.

Ya en el siglo XIX, Simmel<sup>12</sup> (2001) habla sobre este tema al referirse a la «filosofía del paisaje». Hace una distinción entre naturaleza salvaje y paisaje: «El paisaje está ligado más bien a la conciencia unitaria de los elementos de la naturaleza como un todo, mientras que a la naturaleza debe entenderse como la conexión sin fin de las cosas, el ininterrumpido producir y negar de formas,

11. BECK, Ulrich (1988), op. cit., p. 90.

12. Para Simmel —autor recurrente en las cátedras de sociología de lo urbano—, la preocupación por las ciudades surge del interés por analizar los problemas a los cuales están sometidos los individuos modernos. Éstos se encontraban constreñidos por parte de una sociedad que privilegia el capital y la producción industrial. SIMMEL, Georg (2001). *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.

la unidad fluyente del acontecer que se expresa en la continuidad de la existencia temporal espacial»<sup>13</sup>. La naturaleza, en consecuencia, sería una cualidad interna diferente al arte y a lo artificial, la naturaleza es un todo, si algo se fragmenta en el interior de ella, ya no puede ser considerada naturaleza.

Para Simmel, el auténtico «sentimiento de la naturaleza» se ha desarrollado por vez primera en la modernidad, y éste ha derivado de su lirismo, romanticismo y, en alguna medida, superficialmente: «La sensación de la imagen específica “paisaje” ha nacido posteriormente, y en verdad porque su creación exige un despegarse de aquel sentir unitario de la naturaleza en su totalidad. La individualización de las formas de la existencia, internas y externas, las disoluciones de las originarias sujeción y ligazón en existencias propias diferenciadas: esta gran fórmula del mundo postmedieval también nos ha permitido contemplar por vez primera el paisaje a partir de la naturaleza»<sup>14</sup>.

El paisaje, para Simmel, es una parte del «todo», es decir, de la naturaleza, que se convierte en un todo autónomo, en el momento en que se define como obra y se le otorga significado. El paisaje es algo individual, cerrado, satisfecho en sí, con ello permanece arraigado, libre de contradicciones, al todo de la naturaleza y a su unidad<sup>15</sup>. En consecuencia, el paisaje surge en la medida en que es observado y se le asigna un sentimiento por parte de quien lo observa. Pero, al mismo tiempo, no se obtiene un paisaje con sólo mirar la naturaleza. Como máximo, de esta acción se obtiene la materia para un paisaje.

Simmel (2001) plantea que la unidad del paisaje está dada por el «sentimiento» del paisaje: «Por sentimiento de un hombre se entiende lo unitario que colorea constantemente, la globalidad de sus contenidos particulares anímicos, y no algo particular, siendo lo general, donde se reúne todo lo particular»<sup>16</sup>. En consecuencia, el paisaje es un estado anímico que refleja, a través de él, una sensación, un deseo, un anhelo, que el que lo observa interpreta y hace suyo a la vez, asignándole un nuevo significado que está dado por las emociones que, en ese momento particular, tenga este observador.

En la medida en que la naturaleza es representada paisajísticamente, podría estar siendo reemplazada por su representación. El paisaje y también la obra de arte son construcciones ideales, que captan un momento y un espacio determinado y que pueden ocultar la realidad en la que se encuentra su inspiración (la naturaleza). Pero esta habilidad del paisajismo no sólo se queda en la representación como obra o pintura, hoy la idea de paisaje ideal, armónico o evocativo es llevada a los espacios reales. Con ello, hacemos alusión a la modelación de que es objeto la naturaleza en la ciudad: jardines y parques son construidos de acuerdo con una idea, con un sentimiento y con una concepción estética de lo que deben representar estos espacios en las ciudades. Hoy encontramos parques que son el reflejo de una naturaleza idealizada, casi perfecta, en donde

13. SIMMEL, Georg (2001). Op. cit., p. 265.

14. SIMMEL, Georg (2001). Op. cit., p. 268.

15. SIMMEL, Georg (2001). Op. cit., p. 268-269.

16. SIMMEL, Georg (2001). Op. cit., p. 276-277.

no ha habido ningún perjuicio. La muerte o el sufrimiento no se reflejan en estos espacios, nos ayudan a olvidar la aniquilación de que es objeto la naturaleza y así satisfacer las necesidades de la vida moderna.

Si bien hoy no podemos hablar de una naturaleza confrontada con la sociedad, ya que su inclusión social es evidente, sí podemos suponer que la naturaleza ideal o pura sólo la encontraremos en la representación paisajística, puesto que la real está desapareciendo en manos del hombre y su modelo de sociedad. Ahora bien, tal vez en la representación paisajística y en el arte mismo esté la posibilidad de mostrar la nueva realidad de la naturaleza. Ya hoy se ven algunas tendencias que tratan de reflejar la decadencia, la muerte y el olvido a los que la hemos sometido.

Por otra parte, Henri Lefebvre (1972), y saliéndonos de la concepción paisajística particular para el caso de la naturaleza, va más allá y plantea que la ciudad en sí está más cerca de la obra de arte que del simple producto material. La ciudad, al tener una historia, se transforma en «obra» de una historia, es decir, de personas y grupos muy determinados que realizan esta obra en condiciones históricas. En consecuencia, la ciudad entendida como «obra» es representación de las relaciones sociales<sup>17</sup>.

Pero, ¿qué pasa cuando la ciudad se ha transformado, primero por la industria y luego por el urbanismo generalizado?, se ha quebrado el equilibrio entre la ciudad y la naturaleza que la convierte y le da su carácter de objeto de arte, creado y modelado para la vida en sociedad, distinta a la vida en la naturaleza. Es en ese momento cuando hablamos de representación simbólica de la naturaleza en las ciudades, una vez que ésta ya está agotada. Un ejemplo claro de esta ilusión o necesidad de simbolismo es el reencuentro con el campo, lo natural, los espacios verdes; que no son más que un débil sustituto de la naturaleza, un degradado simulacro de espacio libre.

Las ciudades de piedra, metal y hoy incluso de cristal (vidrio) se presentan como una segunda naturaleza, erigida sobre la naturaleza primera y fundamental, compuesta por los elementos tierra, aire, agua y fuego. Esta segunda naturalidad implica su propio paradigma, su propio sistema de contraposiciones: lo brillante y lo sombrío, el agua y la piedra, el árbol y el metal, lo monstruoso y lo paradisíaco, lo rugoso y lo pulido, lo salvaje y lo artificial. Lefebvre se pregunta si: «¿No son la representación posible de algo que se da fuera, la utopía de la naturaleza? ¿Constituyen la referencia necesaria para poder situar y percibir la realidad urbana? O, más bien, ¿no son sino el elemento neutro del conjunto urbano? ¿Qué ocurre con estas funciones (estas realidades multifuncionales o transfuncionales) en los espacios verdes? ¿Acaso el problema no ha sido resuelto arbitrariamente e irresponsablemente, con dicha neutralidad del espacio no edificado, utópicamente condenado a convertirse en naturaleza ficticia, como es el espacio verde?»<sup>18</sup>.

17. LEFEBVRE, Henri (1972). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.

18. LEFEBVRE, Henri (1972). Op. cit., p. 31-32.



Para James Jacobs (1967), el espacio verde en las ciudades no tiene sentido en su existencia misma como espacio verde (para la naturaleza), más bien su éxito (existencia), concretamente si hablamos de un parque, radica en el uso y en la utilidad que representen para la población que les rodea; así, un parque será exitoso si es visitado y usado como lugar de encuentro y de tránsito, un parque que sólo representa un espacio abierto no tiene sentido real en las ciudades, ya que ideas como las de «pulmón verde», «polos de desarrollo» y de «incremento en el precio de las viviendas contiguas» son falsas. Los parques no podrían limpiar la ciudad —esto depende más bien de las corrientes de aire que circulen por ella—, tampoco atraen la inversión por sí mismos —ésta depende de la actividad de la planificación estratégica de sus alrededores.

Jacobs (1967) se pregunta: «¿Más espacios verdes, para qué? ¿Para crear zonas vacías y a la intemperie entre los edificios? ¿O para que los usen y los gocen las personas normales?». Con ello, deja entrever que se pide y se espera demasiado de los parques (públicos) de las ciudades, se espera de ellos que sean capaces de otorgar calidad de vida y de transformar sus alrededores, generalmente con poca actividad social y económica, en activos y productivos espacios urbanos<sup>19</sup>.

En definitiva, la ciudad moderna (y en mayor medida la ciudad de la sociedad del riesgo) incorpora el simbolismo, la representación idealizada de la naturaleza, como una forma de recuperar lo perdido, se vuelven a presentar nuevas visiones del pasado, las ciudades en armonía con la naturaleza retoman fuerzas, aunque se las entienda como utopías; las posibilidades que quedan son más bien limitadas, más aún cuando seguimos esperando y confiándonos en encontrar soluciones tecnológicas para los problemas ambientales: recreamos en los espacios verdes las distintas especies naturales, que hasta hace unos pocos años ocupaban los terrenos en los que hoy se extienden las ciudades.

## Reflexiones finales

En el transcurrir de la modernización, la relación entre «sociedad y naturaleza» se ha transformado. Ya no podemos hablar de contraposición entre ambas, sino que una se ha impuesto sobre la otra; en consecuencia, surge un nuevo proceso de «ruptura y continuidad». La naturaleza (la perdedora) ha sido «integrada socialmente» por el espacio socialmente construido (el ganador). La actividad industrial, base y sustento de la vida moderna en la ciudad, ha consumido y ha transformado la naturaleza que le rodeaba, de tal forma que la noción de naturaleza pierde todo sentido. Pero la industria no actúa sola ni tiene toda la culpa. Paralelamente a este proceso, nos hemos referido al de «urbanización generalizada», que debe distinguirse, en dimensión e impacto, del de las grandes ciudades modernas.

La urbanización generalizada no sólo involucra a la gran ciudad, sino también al campo y a las pequeñas poblaciones. Nada escapa de la lógica urbani-

19. JACOBS, Jane (1967). *Muerte y vida en las grandes ciudades*. Madrid: Península.

zadora, que nos remite a espacios controlados y, con la intención de satisfacer las necesidades del mercado de consumo, se crean nuevas autopistas, se amplían las carreteras, aumentan las distancias entre un punto y otro de la ciudad, éstas se planifican bajo una idea funcional del uso del espacio, es decir, en relación con las necesidades de la producción industrial, el trabajo y el consumo. En consecuencia, la naturaleza desaparece como entorno de las ciudades, el entorno lo conforman otras ciudades y carreteras que las conectan, la naturaleza ha huido, se encuentra, incluso, más allá de los campos intervenidos por la industria agrícola, está lejana, muchas veces inalcanzable; pero, en la medida en que se alcanza y es intervenida, deja de ser «naturaleza pura» y es transformada y socializada como un nuevo producto, aunque se trate de protegerla a través de la categoría de «parques naturales» o de «áreas de protección ecológica».

El panorama a fines del siglo XX nos muestra ciudades cada vez más incompatibles con la idea de «sostenibilidad ambiental» preconizada por los urbanistas y anhelada por los ciudadanos. Las posibilidades de transformar la situación de deterioro ambiental del espacio se traslada desde el entorno hasta el interior de las ciudades. Se simboliza y se recrea la naturaleza, es decir, hablamos de «producción artificial de la naturaleza» que nos permite entender a la ciudad como «segunda naturaleza», construida y modelada bajo principios funcionales y estéticos.

La naturaleza construida y modelada en el interior de las ciudades modernas no es más que un símbolo, una representación que nos permite dormir más tranquilos y seguir con nuestro estilo de vida, que nos oculta la degradación de los suelos, el agujero en la capa de ozono, el calentamiento de la Tierra, la desaparición de diversas especies animales, el peligro de los reactores nucleares, los gases tóxicos que emiten las industrias, la contaminación de las aguas, la manipulación genética, las alteraciones del clima, etc.; en definitiva, de las actividades que fundamentan, hoy por hoy, la vida moderna.

## Bibliografía

- BAUMAN, Zigmund; KEITH, Tester (2002). *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- (2005). *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- BECK, U.; GIDDENS, A.; LASH, S. (2001). *Modernización reflexiva: Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza Universidad.
- BECK, Ulrich (1998a). *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- (1998b). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo. Respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- (1998c). *Políticas ecológicas en la edad del riesgo. Antídotos. La irresponsabilidad organizada*. Barcelona: El Roure Editorial.
- (2002). *Libertad o capitalismo*. Conversaciones con Johannes Willms. Barcelona: Paidós Ibérica.
- (2003). *La individualización: El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós Ibérica.

- BORJA, J.; CASTELLS, M. (2004). *Local y global: La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.
- GIDDENS, Anthony (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- GIDDENS, A.; BAUMAN, Z.; LUHMANN, N.; BECK, U. (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Jostxo Beriain (comp.). Barcelona: Anthropos.
- JACOBS, Jane (1967). *Muerte y vida en las grandes ciudades*. Madrid: Península.
- LEFEBVRE, Henri (1968). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- (1978). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- SIMMEL, Georg (2001). *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.
- (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- (2003). *La ley individual y otros escritos*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- SOLÉ, Carlota (1998). *Modernidad y modernización*. Barcelona: Anthropos.